

la abeja en la colmena

A propósito de
Tinísima*

Elena Poniatowska





México es un país que lo obliga a uno a empezar de nuevo. Aún hoy, en 1993, es un país en el que casi todo está por hacerse. Cuando los españoles llegaron se encontraron con hombres de metro y medio de estatura sensibles, creativos, ágiles, con una rica vida interior. México D.F. no es ya la Venecia de América que describió Bernal Díaz del Castillo ni la ciudad de los palacios de tezontle que acogió siempre a los viajeros, pero es una metrópoli que hierve de posibilidades.

México es el país en el que debió nacer Penélope para rehacerlo todo: mil Ulises habrían llegado y ella seguiría tejiendo y destejiendo. A diferencia de Los Angeles, Tina Modotti se encontró en 1923 con un país al que podía tejer, bordar, moldear, construir, inventar. *"Este país es mío"* dijo al abrir la ventana en su segundo día en México.

La primera necesidad de cualquier ser humano es la del techo. Los hombres y las mujeres buscamos cobijarnos. Los mexicanos pobres, dejados de la mano de Dios, flotan sobre la tierra como ánimas en pena; igual que en la novela de Juan Rulfo, *Pedro Páramo*, no sabemos si están vivos o muertos. Viven muriéndose y mueren porque no viven. Esta condición de lirios del valle conmocionó a Tina sobre todo porque los mexicanos no pedían nada. El futuro era un misterio fuera de su alcance. *"Pues Dios dirá"*, *"Lo que Dios mande"*. Ajenos a los conceptos del triunfo, la competencia, ellos guiaron a Tina hacia su filosofía de *"Flor y Canto"*: *"No es verdad, no es verdad que venimos a vivir sobre la tierra. Estamos aquí de paso. Al menos flores, al menos cantos"*.

Tina Modotti había venido de Udine, ciudad pequeña cercana a Venecia, a San Francisco, cosmopolita, chino, una de las más bellas ciudades de los Estados Unidos. Llegó en un barco lleno de inmigrantes. La región del Friuli donde se encuentra Udine fue la que más italianos le dio los Estados Unidos, todos muy pobres, todos atraídos por el oro que se debía brillaba en el fondo de los arroyos o en los naranjos de California.

En Los Angeles, Tina se casó con un poeta-pintor. Naturalmente se volvió su modelo, pero también quiso destacar por cuenta propia. Vivió bajo la influencia de John Cowper Powys, inspirador de modos de vida bucólicos y hedonistas. Pintores, bailarines, fotógrafos, poetas giraban en torno a él. El culto de Cowper Powys era el de la belleza. También era el de Robo de L'Abrie Richey norteamericano que se inventó un apellido francés, quien ilustraba libros e imprimía batiks. A su lado, supo que tenía que hacer algo consigo misma pero ¿qué?

En Los Angeles, las luces de Hollywood se tragaban la vida de los habitantes. No había más que un objetivo: ser actriz, ser actor, director de cine, camarógrafo, escenógrafo, formar parte del *"star system"*. Tina cayó en la trampa. Sus películas mudas habrían de producirle más tarde una risa loca. Protagonista de *"The Tiger's Coat"*, junto al alto y narigón Lawson Butt; de *"Riding with death"* y de *"I can explain"*, películas mediocres, conoció el mundo del *"glamour"* y se volvió símbolo sexual. Su belleza era la de la gitana, la mujer fatal, la del puñal atravesado en la boca, la exótica de los ojos negros y cabello rebelde, la morena de rasgos mediterráneos y por lo tanto latinos. Había que subrayarla, sacarle partido. En *"The Tiger's Coat"*, Tina Modotti, como un presagio de lo que viviría después, es una india mexicana.

Hollywood, impostura de papier maché, rubias champaña y Rolls Royce deslumbraba al mundo entero. El oficio de Tina fue posar: posar para Robo, posar para la cámara de cine, posar para Hollywood y lo más importante posar para el extraordinario fotógrafo Edward Weston. Su amor por Edward Weston, miembro del ghetto Modotti-L'Abrie Richey, terminó con el ghetto. Tina quiso bien al poético Robo, pero el amor loco fue para Edward, *"Eduardito"* como lo llamaría en México. A lo largo de toda su vida Weston fue su interlocutor verdadero.

Robo pavimentó el camino de Tina a México. Invitado por un personaje que no ha sido lo suficientemente analizado, Ricardo Gómez Robelo, exiliado en Los Angeles por sus ligas con el traidor Huerta, Robo llegó primero a nuestro país. El arte mexicano lo fascinó hasta que unos cuantos meses más tarde murió de viruela el 9 de febrero de 1922. Tina viajó a México para construir su tumba junto con su madre, Rose Richey, y aprovechó su estancia para mostrar las fotografías de Weston y organizar un próximo viaje con su amante. Weston casado y con cuatro hijos quiso viajar con el mayor: Chandler y a su mujer, la maestra Flora May Chandler le dijo que Tina sería su asistente y pagaría su comida y el alquiler de su cuarto con su trabajo. Así se hizo Tina fotógrafa.

En 1923, Tina Modotti llegó para quedarse en la capital de este país inmenso, lleno de tierras por descubrir y de enigmas por descifrar: México. En esos años, aparecían en nuestro mapa coloreadas de amarillo innumerables zonas arqueológicas, bosques, ríos, tribus, grupos indígenas, fiestas y costumbres aún inexploradas. Tina miró con asombro los valles que se extendían frente a ella. Por más que abría sus ojos no lograba abarcarlos; miró las cabezas ensombreadas de los mexicanos y bajo los sombreros, los rostros morenos que no querían entregarse, miró las chozas casi vacías de tan miserables y pensó que éste era un país en el que ella tenía que empezar de nuevo.

La receta para empezar de nuevo la tenía Tina guardada en su corpiño. El escondite se lo enseñaron las mexicanas que acostumbran meter un chupamirto entre sus pechos para embrujar al amado. Encontró la belleza que Robo había exaltado en sus cartas urgiéndola a venir a México: *"Para mí, en la figura solitaria envuelta en un sape recostada en el crepúsculo en la puerta de una pulquería, o en una hija azteca de color bronce que amamanta a su hijo en una iglesia, hay más poesía de la que se podría encontrar en Los Angeles en los próximos diez años"*.

Tenía razón Robo. Había belleza en los cambios impredecibles de la naturaleza, las grandes tormentas tropicales, había belleza en los individuos hoscos que de pronto se entregan, en los perros callejeros con sus collares de limones contra el moquillo, en las buganvillas, en la emoción producida por la escuela de arte al aire libre de Ramos Martínez en la que todo era gratuito, clases, comida, lienzos, colores, musas; la única condición, querer aprender. Al conocer al país, Tina descubría en ella zonas desconocidas. Le pasaba lo que a México. Regiones inexploradas de sí misma amanecían todos los días ante sus ojos. Introdujo a Weston a México. ¡Qué bonito poder regalarle un país al amante, decirle: *“tómalo entre tus brazos como a mí”*. El era su maestro en fotografía pero ella era la única que podía traducirle al país.

En las cartas a su mujer Flora May Chandler de quien recibía dinero para su sustento, Weston decía que podía estar tranquila, que la ayuda de Tina era invaluable y que como fotógrafa adelantaba a pasos agigantados. En la gran casa de El Buen Retiro en la avenida Hipódromo número 3 de Tacubaya, maestro y discípula durmieron en cuartos separados.



México le enseñó a Tina a ver. El valle de México, la ciudad, entonces a escala humana, abrazada por el Popocatepetl y el Iztacihuatl, la acogía; las casas bajas, coloniales, construidas en piedra rojo sangre, el tezontle que guarda el calor del sol hasta el día siguiente. En el pueblito de Tacubaya, Tina Modotti regresó a la atmósfera de su infancia, a las calles de Udine, a las filandas, al trabajo visible de su gente, a la lucha social, a los que salen cada día a ganarse la vida. No es que el Udine fijado en la mente de Tina se pareciera a México, es que en México respiró la misma expectación que la hacía quedarse sin aliento en Udine. ¿Por qué se reconoció a sí misma en nuestro país? Por su confrontación con la pobreza. Edward Weston habría de escribir en sus *Daybooks* que *“los años en México influyeron en mi forma de pensar y de vivir. No tanto en la relación con mis amigos artistas como la cercanía menos directa de una raza primitiva. Antes de llegar a México me rodeaba la acostumbrada masa de burgueses estadounidenses -veteada por algunos amigos sofisticados. No sabía nada de la gente sencilla del campo. Y su expresión me ha vivificado, experimenté el subsuelo”*.

Para Tina el impacto fue definitivo. Hablaba español. En México afloró uno de los rasgos de su carácter: la compasión, asumir a los demás, hacerlos parte de ella misma. El pequeño *Larousse* nos dice que la compasión es femenina, viene del latín *compassio* y es un movimiento del alma que nos hace sensibles al mal que padece alguna persona. Su sinónimo es la piedad, que proviene del latín *pietas* y significa el cariño y respeto hacia las cosas santas y la representación artística de la Virgen de las Angustias. Tina Modotti no practicó este tipo de piedad aunque fue en México también donde regresó a la angustia, la primera, la esencial, la que se pregunta por qué y para qué vivo, por qué lo tengo todo, me resguardan los muros de



Ella también le regalaría al pueblo de México un símbolo de su revolución, el maíz, la guitarra y las cananas, o la hoz, ella también colaboraría al significado político de lo que estaba sucediendo. Kremlin.

¿Hacia dónde iba México? ¿Cuál era su destino? ¿Sería socialista como la Unión Soviética? ¿Sería capitalista? Los agentes enviados por la Comintern, entre ellos el agente italiano Vittorio Vidali, alias Enea Sormenti se afanaban en torno al joven Partido Comunista mexicano e imponían directivas tomadas en Moscú. Enea Sormenti deseaba impulsar la revolución en Centro América, en América Latina, derrocar a los dictadores apoyados por los Estados Unidos, apoyar a los grandes héroes liberales como César Augusto Sandino, Farabundo Martí y Luis Carlos Prestes en Brasil.

Un día cualquiera, en 1927, Xavier Guerrero con quien Tina hizo vida común al regresar a los Estados Unidos, recibió el orden de salir a Moscú, paraíso de los comunistas del mundo. Sin más tomó su maleta de cartón y le dijo a Tina que trataría de reunir el dinero para que ella lo alcanzara allá. Más tarde, Vittorio habría de comentar que él no habría dejado sola a una mujer como Tina.

En la espera, Tina se enamoró de Julio Antonio Mella, lo que le significó un cargo de conciencia. Lo hizo esperar y lo hizo sufrir. Así como había escrito que tomaba *"fotografías honestas y aceptaba las limitaciones inherentes a la técnica fotográfica"*, así también la honestidad guiaba su vida personal y no quería tomar decisión alguna sin avisárselo antes a Xavier Guerrero. Tina jamás manipuló a ser humano alguno. Es a Guerrero a quien Tina escribió su carta más hermosa: una carta de ruptura.



Mella, al igual que Guerrero era un convencido pero tenía más capacidad de pensar por sí mismo. Indomeñable, a sus compañeros comunistas les decía sus cuatro verdades. Mucho menos dócil, más libre, hay constancia de que se rebelaba contra las directivas del Partido Comunista. Vivir con Mella era entrar de lleno al peligro porque el joven líder estaba condenado a muerte por el dictador Gerardo Machado. El riesgo acrecentó el amor, hizo arder la pasión. Todas sus noches fueron últimas noches. La vida en común de Tina y Mella duró sólo tres meses. El fue asesinado cuando ambos caminaban de la mano por la calle de Abraham González, el 10 de enero de 1929.

Para Vittorio Vidali, el último compañero de su vida, la Tina Modotti de México es prácticamente una desconocida. El mismo lo dijo en una entrevista y volvió a escribirlo en su libro: *"Historia de mujer"*. Vittorio no tenía vínculos con el mundo del arte ni le importaba fomentarlos, él quería encender la chispa de las revoluciones en el continente latinoamericano, sus intereses estaban bien delimitados a los de la Comintern. No tenía tiempo para leer novelas, no entendía de poetas y locos. Al único artista mexicano que trató es a David Alfaro Siqueiros, militante como él. Con Diego Rivera tuvo una mala relación, lo consideraba un fantoche político. En la guerra de España sí se mostró muy orgulloso del Batallón del Talento y de su amistad con Alberti pero ya de viejo, cuando decidió reunir las fotografías de Tina en un libro, las confundía con las de Weston.





Tampoco les hizo justicia a sus antecesores y me resultó gracioso en 1980 escucharlo hablar mal de los amantes de Tina en la terraza de un café Triestino y darme cuenta que a tantos años de distancia, conservaba los mismos celos. Se ensañaba sobre todo contra Edward Weston "ese neurasténico". De Xavier Guerrero se burlaba diciendo que era mudo como un ídolo. Sólo le perdonó la vida a Julio Antonio Mella, "un muchacho magnífico, deportista, de 1.89 de altura". Tina acostumbró a lo largo de su vida poner una fotografía de Mella sobre la pared del cuarto que habitaban y cuando murió, al inspeccionar su bolsa, el agente del Ministerio Público encontró junto a su pañuelo y las llaves de la casa, una fotito tamaño mignon.

Vittorio, conocido en México como Enea Sormenti, dirigente y hombre de confianza del Soviet Supremo, miembro destacado del Socorro Rojo Internacional, líder con mucho carisma entre los comunistas mexicanos (aunque otros también, como Dionisio Encina, lo detestaban porque imponía directivas y purgaba a quienes se atrevían a oponerse a Moscú), estuvo muy cerca de Tina y la acompañó la noche fatal del asesinato de Mella el 10 de enero de 1929.

La Tina Modotti que dejó la fotografía en Alemania tendría muy poco que ver con la Tina que le tocó a Vittorio Vidali, y que él nunca llegaría a conocer. Tina se mostró renuente a confiarle su intimidad a Vittorio. "Parecía un castillo con todos los puentes levantados". No se podía acceder a ella, dice Vidali. En una entrevista hecha en 1980, Vidali me confió que conoció mejor a Tina después de su muerte al leer en los periódicos noticias acerca de su vida pasada.

No sabemos mucho de la Tina que vivió en Berlín, Alemania, lo que sí sabemos es que en Alemania, Tina dejó la fotografía y fue en Alemania donde escogió su destino impuesto por las circunstancias: la militancia comunista, la misma que habría de llevar a la Tina de la guerra de España a borrarse voluntariamente. La pregunta obligada es siempre: "¿Por qué dejó Tina Modotti la fotografía que en México era su pasión y su *modus vivendi*?" La respuesta no es tan difícil. Tina no encontró en Berlín qué retratar, nada llamaba su atención, nada la atrajo verdaderamente. En Berlín había 559 talleres de fotografías, cámaras mucho más rápidas que la suya, el que lo deseara podía convertirse en fotógrafo de la noche a la mañana. Tina no quiso hacer "diarismo", volverse fotógrafa de prensa porque, necesitaba tiempo para pensar sus fotografías.

De ahora en adelante, militar sería su destino, lo escogió voluntariamente. Su renuncia fue total.

Después del Kremlin, en la guerra de España, Tina se convierte en una Florence Nightingale, una enfermera sacrificada, y también en una luchadora social dentro del Socorro Rojo. Es, ante todo, una mujer que ejerce la compasión, el amor, la ternura. La guerra civil de España fue un golpe tremendo para ella, y el pacto germano-soviético entre Stalin y Hitler acabó de darle la puntilla. ¿Quién era entonces Stalin, su ídolo, un hipócrita, traidor a la causa? ¿Qué había significado su vida entera y su compromiso político? Vidali era fuerte, encontraba respuestas, Tina, enferma del corazón, no las hallaba en ninguna parte y mucho menos en los periódicos que devoraba.



Nuestras vidas pueden cambiar brutalmente de un día para otro y Tina también fue una hasta 1930 y otra hasta 1942, año en que murió del corazón a la edad de cuarenta y seis años, sola en un taxi. Entre 1920 y 1930 se dedicó al enriquecimiento de su espíritu a través de su capacidad creadora; después, a partir de su expulsión de México, supo lo que era la militancia, el peligro, las misiones clandestinas, el secreto, el sufrimiento, el total olvido de sí mismo, el desencanto. Claro al dolor y a la muerte, los había conocido con el asesinato de Julio Antonio Mella, pero ése era un sufrimiento creador, enriquecedor. Desgastante, en cambio, fue el de la guerra civil de España, las vidas que pudieron salvarse, los inocentes asesinados, las masacres de mujeres, de ancianos. Todo la dañó, la traición y la derrota. Este tipo de sufrimiento no enriquece, por el contrario, descuartiza al ser humano, lo desmorona, lo anula, lo daña en lo más esencial, en su razón de vida. Una prueba de ello es la imagen de desolación que nos dio a Christiane Barckhausen y a mí la visita que hicimos por separado a Manuel Fernández Colino, extraordinario luchador con un hijo que murió en Bolivia al lado del Che Guevara y una hija que murió después de la guerra de España, de un tumor cerebral que empeoró la desnutrición. Por más que Manuel Fernández Colino creyera en el comunismo y en el advenimiento de un mundo mejor, el sacrificio demandado lo dañaba en su deseo mismo de seguir viviendo. ¿Para qué?

Lo mismo le sucedió a Tina en México, después del pacto germano-soviético, Tina no supo hacia dónde mirar. Ya no sabía por qué vivir. Vidali no la necesitaba, sintió inclusive que podría estorbarle. El no dejaría jamás de luchar, era un hombre lleno de energía, de convicciones, con una facilidad única para relacionarse con los demás. Su interés por la mujer, su gusto era también una demostración de su vitalidad, su hombría. A ella se le había olvidado que era mujer. Ella, lo que menos deseaba era notoriedad. Anclada en la guerra y en un pasado para ella ahora incomprensible, no veía a casi nadie puesto que no quería que los mexicanos fueran a reconocer en María Sánchez, el nombre falso en su falso pasaporte, a la Tina Modotti de los años veinte, la de Edward Weston, la de Xavier Guerrero, la de Julio Antonio Mella, la que fue expulsada en los treinta acusada de atentar contra la vida del entonces presidente de la república, Pascual Ortiz Rubio. Tina había dado todo y el paisaje después de la batalla era desolador. Los escollos insuperables, las querellas terribles entre facciones, el odio de los stalinistas a los trotskistas y viceversa, la desunión proverbial de la izquierda, nada parecía tener remedio. ¿Tanto luchar para esto? *"Ya no comprendo nada"*. Prematuramente envejecida, no le dolió, creo, morir. A mi hermano de 21 años mi madre le preguntó alguna vez: "¿Te importaría mucho morir?" y contestó "No mucho". No cuesta trabajo morir. A Tina no le costó trabajo. Al final de su vida se había vuelto un poco un ángel con grandes alas de desencanto, alas tiznadas por el dolor de los hombres. Se fue, sí, pero como lo dice María Luisa Carnelli, ya había dado el espectáculo magnífico de su alma, aquel que todavía ahora, a cincuenta años de su muerte, nos conmueve.



R.D. Quisiera hacer notar también la solidaridad de mujeres investigadoras en torno a Tina. Todas empezamos a trabajar en ella a partir del libro de Mildred Constantine publicado hace años. Mildred es la pionera. En vez de separarnos, como suelen hacerlo quienes compiten al dedicarse a un solo tema, el tema de Tina nos unió. Nos comunicamos con júbilo nuestros descubrimientos. Amy Conger distingue a la perfección qué fotografías son de Tina, cuáles de Weston. Christiane Barckhausen se dispone ahora a traducir *Tinísima* al alemán. Sarah Lowe pone a nuestra disposición lo que ha obtenido a lo largo de sus viajes y su búsqueda en archivos. Mildred Constantine me escribe para que saque en claro quiénes son tales o cuales personajes fotografiados. Nuestra febrilidad y nuestra devoción compartida nos hace escribir unidas un libro de varios volúmenes sobre una misma mujer: Tina Modotti.

Todas las fotografías reproducidas en esta colaboración fueron tomadas del libro TINA MODOTTI, una vida frágil de Mildred Constantine. Fondo de Cultura Económica, Col. Tezontle, 1993.

